

Eterno como el primer latido.

No sé si las palabras pueden abarcar lo que siento, pero haré el intento. Porque tú te mereces esto y más.

Tu amor llegó como una chispa en la oscuridad, un faro que me guió cuando no sabía que estaba perdido. No importa si no eres perfecto, porque tampoco lo soy, y aún así, logramos algo mágico: encajar. No como piezas de un puzzle, sino como dos llaves que comparten el mismo hueco, ardiendo juntas para iluminar todo a nuestro alrededor.

Recuerdo la primera vez que te vi, como tu risa llenó el aire, como tu voz hizo que todo lo demás se desdibujara. Desde ese momento, supe que tú serías más que un capítulo, serías el libro en el que querría escribir cada uno de mis días, sin saltarme ni una sola página.

Amar como nadie más: con un amor que no pide, que no pide, que no espera, sino que simplemente es. Un amor que abraza en silencio y celebra en risas, que encuentra belleza incluso en los días grises. Gracias a ti, aprendí que el amor no es algo que se busca, es algo que se encuentra en los momentos más inesperados y se elige cada día.

Así que aquí estoy, eligiéndote. Eligiendo agradecerte por llenar mi vida de luz y enseñarme que amar no es atarse, sino liberarse juntos.

Te amo con un amor que no tiene final, porque comenzó donde las palabras terminan en el latido más profundo. Ese primer latido que marcó el inicio de algo tan grande, tan eterno, que ni el tiempo puede borrar. Y aunque los años pasen, el eco de ese primer latido seguirá siendo el mismo: eterno, impareable, como nosotros. Porque en ti encontré no solo un amor, sino el reflejo de mi propio corazón, latiendo infinitamente por ti.